

ejército. Cada noticia que recibia le costaba algun edecan ú oficial de estado mayor, y estaba muy arrepentido de haber arrojado asi el guante al bizarro pueblo de Madrid.

El gobierno español entre tanto permanecia mudo y perplejo; reconocia en el pueblo el valor de que tanto necesitaba, y sin inclinarse á resistirlo no se decidia á secundarlo. Los consejeros de la corona, don Gonzalo Ofarril y don Miguel José de Aranza, despues de haber recorrido inútilmente las inmediaciones de palacio y de haber conferenciado mucho con el infante don Antonio, montaron ambos á caballo, y seguidos de algunos oficiales se dirigieron hácia el alto de San Vicente, parage que como hemos dicho ocupaba el gran duque de Berg.

Llegados dichos consejeros, tomó la palabra Ofarril, y dirigiéndose á Murat

—Monseñor, le dijo, se está derramando la sangre de una manera lastimosa, y es muy fácil poner pronto término á tan lamentable matanza. El movimiento de Madrid procede de la inquietud general del pueblo, sin concierto ni plan anterior, y si V. A. manda cesar el fuego de las tropas francesas, me ofrezco con mi compañero el señor Aranza á calmar los ánimos y persuadir á los habitantes á que se retiren á sus casas.

—En efecto, replicó Murat con mal reprimido furor; es necesario intimar al pueblo que se retire á sus hogares.

—Si V. A. nos permite que nos acompañe un general de los ejércitos franceses y algunos de sus oficiales todo se arreglará al momento.

El mariscal Moncey, que se hallaba á las inmediaciones del gran duque y via con sentimiento el estado de los negocios, se apresuró á decir.

—Yo mismo me ofrezco á acompañar á VV. EE.

—Gracias, replicó Murat secamente. Mandad, señor duque de Connegliano, que vuestro gefe de estado mayor acompañe á los señores ministros.

Al momento el general Harispe se reunió con los ministros de Fernando, y seguidos de varios oficiales, así franceses como españoles, se dirigieron hácia los consejos, situados en la calle del Almudena,

En tanto que Ofarrill y Aranza se afanaban por poner término á tan lamentables sucesos, acontecia en la Puerta del Sol uno de los actos de barbárie que deshonraron aquel día á los generales franceses. Recordarán nuestros lectores que al principio del alzamiento murió un mameluco que conducia pliegos para el

gran duque de Berg: su cadáver cayó precisamente junto á la casa número cuatro, y así que quedaron los franceses dueños de la puerta del Sol, quisieron vengar esta muerte de la manera mas cruel. Los habitantes de aquella casa no habian tomado la menor parte en la obstinada resistencia que hizo el vecindario á los franceses, pero se necesitaban víctimas y no temieron poner las manos en las mas puras é inocentes. Rotas sus puertas encontraron en el zaguan un pobre hombre, que se habia refugiado allí, y le asesinaron vilmente. Subiendo despues de cuarto en cuarto se apoderaron de cuantos barones hallaron en ellos, y sin la mas leve informacion, sin concederles un sacerdote y á la vista de sus familias en el patio del Buen Suceso, salpicaron las paredes del templo con sangre que pedia venganza. Tales hechos parecerian figuraciones de cerebros desarreglados si no se apoyaran en incontestables documentos. (1)

(1) Como cura ecónomo de la iglesia parroquial de Santa Cruz de esta corte certifico que en el libro diez y siete de difuntos, al fólío cincuenta y dos vuelto y siguientes se hallan las siguientes partidas.—

PRIMERA. D. Valentín de Oñate, de diez y ocho años de edad, soltero, natural de la villa de Balgañon, hijo de D. Vitores y de doña Manuela Aparicio, parroquiano de esta iglesia, que vivia Puerta del Sol, número cuatro. No habiendo recibido ninguno de los Santos Sacramentos, falleció de muerte violenta en dos de mayo de 1808: no hizo disposicion testamentaria por esta causa y ser hijo de familia: enterróse en esta iglesia con

Ofarril y Aranza habian llegado á la puerta de los Consejos, conferenciaron largamente con algunos miembros de aquellos, como si cada instante perdido no costara sangre preciosa, y se decidieron por fin á poner término á los horrores que la capital presenciaba. «A las dos de la tarde los ministros de los consejos de Castilla, Indias, Hacienda y Ordenes, que se hallaban reunidos en un mismo local en la calle de Santa María de la Almudena salieron solemnemente, acompañados de los guardias de corps y de las correspondientes licencias necesarias de ambos jueces eclesiástico y civil; y no dió nada para la fábrica de esta iglesia, y lo firmé, como teniente mayor.—D. José Rico.

SEGUNDA. Un hombre, cuya edad, nombre, apellido, estado y naturaleza se ignora, falleció violentamente el dia dos de mayo de 1808; cuyo cadáver se encontró en la Puerta del Sol, en el portal casa número cuatro; y de orden del señor corregidor de esta villa, y con licencia del señor vicario eclesiástico de la misma, se enterró en esta iglesia; no dió nada á la fábrica de ella, y lo firmé, como teniente mayor.—D. José Rico.

Item. Certifico que en el fólío 58 vuelto se encuentra la siguiente partida.

D. Gavino Fernandez Godoy, de 34 años de edad, natural de esta córte, hijo de don Antonio y de doña Francisca Ayora, ya difuntos, casado con doña Alejandra Sanchez Villalva, parroquiano de esta iglesia, que vivia Puerta del Sol número 4: falleció de muerte violenta en 2 de mayo de 1808 en el patio de la real casa del Buen-Suceso, donde es sepultado, como consta de certificación de don Leandro Altaoja, teniente de cura de dicha real iglesia patriarcal, y parroquia de nuestra Señora del Buen-Suceso, su fecha 10 de junio del dicho año. Otorgó declaracion de pobre en 4 de febrero de 1805 ante José Domingo Montero, escribano de S. M.; por la cual instituyó por su heredera, en defecto de no dejar hijos, á la referida su muger; pero al tiempo de su fallecimiento ha dejado dos hijos legítimos y de la espresada su actual muger, llamados Estanislao y Ca-

» algunos generales franceses, y divididos en
 » secciones recorrieron todos los barrios de
 » la capital llevando en las manos pañuelos
 » blancos y profiriendo las palabras de *paz,*
 » *paz, que todo está compuesto;* y salvando al
 » mismo tiempo á varios infelices que habian
 » caido en poder de los franceses.» (1)

La voz de magistrados venerables, encanecidos en la toga y á quienes el pueblo estimaba por su saber ó su virtud, encontraba en todas partes y las armas que habian resistido á las huestes conquistadoras se bajaban y se rendian á este mandato conciliador.

siano Godoy y Sanchez Villalva. Enterróse en dicha real iglesia, no dió nada á la fábrica de esta parroquia, y lo firmé, como teniente mayor.—D. José Rico.

Item certifico que en el fólío 65 de dicho libro de difuntos se halla otra del tenor siguiente.

D. Eugenio Aparicio, de 48 años de edad, natural de la villa de Balgañon, arzobispado de Búrgos, hijo de don Manuel, ya difunto, y de doña Francisca Saez Zaldúa, casado con doña Margarita García de Meco; parroquiano de esta iglesia, que vivia Puerta del Sol, número 4; falleció de muerte violenta en el patio de la real iglesia patriarcal de nuestra Señora del Buen-Suceso, en 2 de mayo de 1808, á donde se le dió sepultura á su cuerpo eadáver, segun consta de certificacion dada por el Señor don Leandro Altaoja, teniente cura de dicha real parroquia, su fecha 12 del referido mes de mayo. No hizo disposicion alguna testamentaria, sin embargo de dejar cinco hijos, llamados Pedro, María, Fermina, Manuela y María Aparicio y García. Enterróse en la nominada iglesia patriarcal de nuestra Señora del Buen-Suceso, no dió nada para la fábrica de esta parroquia; y lo firmé como teniente mayor.—D. José Rico.

Concuerdan con su original Santa Cruz de Madrid 2 de mayo de 1845.—Sr. D. Pedro Sainz de Baranda.

(1) Muñoz Maldonado.

Aunque habian triunfado los franceses en los principales combates, como era natural sucediese atendida su muchedumbre y organizacion superior, aunque habian llevado á muchos puntos el asesinato y el saqueo, no se podian llamar señores de la irritada poblacion, y en el mismo parque de artilleria continuaba la resistencia. Es verdad que Pedro Velarde yacia inmóvil é inanimado, que su mente no podia formar aquellos proyectos atrevidos y perfectamente meditados contra los ejércitos franceses; que su corazon no podia latir al impulso del amor pátrio, ni su diestra blandir la espada con tan justa razon temida: es verdad que Daoiz casi exánime no podia ya aplicar la mecha al cañon y que sus labios frios y mústios no podian pronunciar palabras ni gritar con voz firme «fuego:» es verdad que sobre los cuerpos de tan intrépidos capitanes habian pasado los franceses y penetrado en el edificio, pero los valientes voluntarios, aunque reducidos en número seguian oponiendo resistencia, y á las reiteradas intimaciones contestaba el teniente Ruiz, «fuego, fuego,» hasta que atravesado de un balazo tuvo que dejar de batirse (1). El bravo

(1) «Segun la certificacion dada por el dicho capitán Goicoechea, fué Ruiz conducido aquella misma tarde á su casa, y habiéndose fugado en seguida con la herida abierta, murió de resultas pocos dias despues en Estremadura.»

capitan Goicoechea, supo entonces que los individuos del gobierno andaban proclamando amplia amnistia y el término de las hostilidades, y creyendo inútil sacrificar aquel puñado de valientes capituló por sí y por los suyos con las mas honrosas condiciones; «y logrando volver á sus cuarteles, á pesar de que Murat habia mandado no se diese cuartel á los que se hallasen en el Parque; pero el valor heróico de sus defensores admiró á sus enemigos, y el mismo general Lagrange y los comandantes franceses fueron sus intercesores.» (1)

El pueblo deponia las armas á la voz de sus magistrados, pero las dejaba con pena, temiendo quizás asechanzas, y algunos preferian la muerte á doblar la frente al opresor (2). Sin embargo, fueron muy pocos los

(1) Muñoz Maldonado.

(2) El teniente de guardias españolas, D. Rafael Guzman, á quien debemos esta noticia, se hallaba de guardia en palacio y queriendo poder hacer algo en obsequio del pueblo de Madrid, se ofreció á servir de edecan al señor ministro de la guerra. Al proclamar la paz y amnistia le confió el dicho ministro una escolta por mitad francesa y española para que dirigiéndose á algunos barrios, procurase restablecer el orden. A su paso libró la vida á algunos infelices presos, y con palabras dulces procuró calmar á los mas exasperados. Muchos cedieron á sus ruegos y fueron á ocultar las armas que podian perjudicarles tantos mas encontró un hombre alto, bastante moreno y robusto, que iba armado con un fusil. Oyó las razones de Guzman con extraordinaria sangre fria, armó su fusil pausadamente y apoyó la barba sobre él.—¿Qué va V. á hacer? preguntó Guzman.—Este fusil, contestó el hombre con la misma serenidad,

que mas valientes ó mas cautos, se quedaron á la defensiva, y una hora despues de la salida de ministros y consejeros el órden se habia restablecido; debiéndose este resultado en gran parte á los esfuerzos de los señores Ofarril y Azanza. (a)

ha dado muerte á varios franceses y antes de entregarlo prefiero saltarme los sesos con él. Admirado quedó Guzman de resolucion tan bizarra y no pudiendo medir sus palabras le contestó.—Aparte V. amigo mio, ese fusil de su cabeza, y haga el uso de él que hasta ahora. El hombre saludó marcialmente y se alejó muy satisfecho.

(a) Carta de D. Gonzalo O-Farril al mariscal Monecy, duque de Gonnegliano.

Excmo señor: me veo en la precision de apoyar mi conducta militar y política en España durante la última revolucion con hechos incontestables ó con testimonios respetables; vengo pues á reclamar el de V. E. sobre unos hechos que le son particularmente conocidas.

En el desgraciado dia 2 de mayo, cuando al oir los primeros tiros dentro de la poblacion de Madrid acudi á S. A. I. el gran duque de Berg, que estaba á la cabeza de una columna de sus tropas sobre el camino que sube desde la puerta de San Vicente á palacio, hice presente á S. A. que el movimiento de Madrid procedia de la inquietud de las gentes del pueblo, sin concierto ni plan de niaguna especie, y que si S. A. mandaba cesar el fuego de sus tropas, me ofrecia con mi compañero el señor Azanza á calmar los ánimos, y persuadir á los habitantes á que se retirasen á sus casas, para lo cual bastábanos acompañase uno de los generales del ejército y algunos de sus oficiales. V. E. que estaba á caballo á la inmediacion del gran duque, se brindó desde luego para este servicio á la humanidad; pero S. A., dando á V. E. las gracias, le previno destinase al intento al gefe de su estado mayor el señor general Harispe, quien con efecto se dirigió con el señor Azanza y conmigo, seguidos de unos pocos oficiales franceses y españoles, á la puerta de la casa del Consejo Real de Castilla.

Despues de haber logrado de este consejo que sus magistrados y los del supremo consejo de guerra se uniesen á nosotros, nos dividimos en dos secciones, recorrimos las calles de Madrid, y

Los ministros cumplieron lealmente el empeño que habían tomado con el gran duque de Berg y Cleves, pero el generalísimo de

publicando una amnistía general y haciendo que cesase el fuego de las tropas conseguimos calmarlo todo.

El señor general Harispe, al dar cuenta á V. E. del completo y feliz resultado de su comision, instruiria, quizá á V. E. del apoyo que me prestó para obtener de un general francés, que se hallaba con su tropa en la calle de Alcalá, la libertad de un crecido número de paisanos catalanes detenidos y arrestados durante la conmocion; el mismo citado general, con la noble franqueza que distingue su carácter, tomó á su cargo el solicitar la aprobacion del gran duque.

Cualesquiera que fuesen las causas que habían irritado los ánimos de los habitantes á punto de precipitarlos á un movimiento tan extraordinario, y sean tambien las que fueren las consecuencias y el influjo que se haya atribuido á este acaecimiento, tanto mi compañero como yo deberemos mirar como una fortuna el haber estado en el caso de hacer un servicio positivo á los habitantes de Madrid, y de consiguiente á la humanidad. V. E. puede juzgar si aun el mismo ejército no debió tambien aplaudir el resultado conseguido; teniamos entonces ordenes del señor don Fernando VII de recibir y de tratar á las tropas francesas como aliadas y amigas, y no hay ni puede haber felicidad alguna sino en cuanto se conserven el honor y la lealtad en los procedimientos.

«Reciba V. E., señor mariscal, la seguridad de la consideracion con que tengo el honor de ser, etc.»

«París 28 de agosto de 1814.»

El mariscal Monecy contestó á esta carta, confirmando cuanto decia en ella O-Farril, y acababa la suya diciendo:

«Estos hechos, señor general, siendo totalmente conformes á los partes dados aquel mismo dia por el señor general Harispe, satisfago gustoso á la solicitud de V. de que los asegure; y aun añadiré que en circunstancias tan dificiles, en que no dejaba de haber algun riesgo para VV. en manifestar una opinion que podia excitar la desconfianza de la autoridad francesa, dieron VV. pruebas de los mas nobles y decididos sentimientos por la conservacion y el interés de los habitantes de la villa de Madrid.»

«Ruego á V., señor general, que admita la seguridad de mi consideracion.» «París 3 de octubre de 1814.»

Memoria de Azanza y O-Farril: nota 11, página 231 y siguientes.

Bonaparte daba indicios de cumplir el suyo con la misma buena fé y nobleza que habia usado en otras ocasiones. «Retirados los es-
»pañoles, todas las bocacalles y puntos impor-
»tantes fueron ocupados por los franceses, si-
»tuando particularmente en las encrucijadas
»cañones con mecha encendida.» (1)

Asi tuvo fin la pelea del memorable Dos de Mayo, en la cual el pueblo de Madrid no cedió á las bayonetas enemigas, por mas numerosas que fueran; pero se inclinó respetuoso ante sus propias autoridades, aunando al valor heróico un grande respeto á la ley, digno de haber sido imitado por el orgulloso opresor. Pero mientras llega el momento de presentar este contraste dirigiremos una mirada sobre el moribundo Daoiz.

(1) Toreno.

CAPITULO XXX.

La última palabra.

Desmayada estaba Dolores á los pies del hombre que amaba, pero este apartaba la vista de una muger á quien juzgaba criminal y solo pensaba en los medios de conducir al moribundo á un parage menos espuesto. No tenia Manuel esperanza de conservar la vida de Daoiz, pero queria proporcionarle menos dolorosa agonía. El duro lecho de un cañon no era á propósito en verdad para un hombre

acribillado de estocadas y que al mas leve movimiento sufría intensos y crudos dolores. Buscaba el buen mozo con afán algun hombre que le ayudase á trasportar aquella carga, pero si alguno aparecía se retiraba presuroso de aquel lugar de luto y muerte, y vió burlada su esperanza con nueva angustia y mas dolor.

Concebía Manuel mil proyectos, y al reflexionar conocía que eran de todo punto impracticables. Quería con sus robustos brazos trasportar al bizarro artillero, pero temía apresurar su muerte con un movimiento tan brusco, y por otra parte no sabía en qué lugar depositarlo. Hubo instantes en que pensó pedir auxilio á los franceses, pero retrocedió ante la idea de que diesen favor á la víctima sus encarnizados asesinos. Iba perdiendo ya el valor cuando vió acercarse un mancebo, que buscaba con interés algun cadaver, pues examinaba á los muertos.

—Amigo, le gritó Manuel reanimado con su presencia, tenga V. la bondad de acercarse y de ayudarme á conducir á este bizarro capitán.

El mancebo se dirigió inmediatamente al buen mozo, fijó sus ojos en el moribundo, y exclamó derramando lágrimas.

—¡ Ya le encontré, ya le encontré!

- ¿A quién buscaba V., amigo?
- Al capitán D. Luis Daoiz.
- Le ha encontrado V. en efecto, pero en un estado deplorable.
- ¡Muerto!
- Respira todavía.
- Entonces podremos salvarle.
- Mucho lo dudo, caballero.
- Me queda al menos la esperanza.
- Sus muchas heridas...
- No importa: quizás son poco penetrantes.
- Pero su número es tan crecido que aun cuando fueran hechas con agujas lo conducirían al sepulcro: y han sido causadas con sables y penetrantes bayonetas.
- ¡Infames!
- Fueron muy infames, y se ensañaron como tigres con un hombre solo y herido: no son valientes ¡vive Dios! los que de tal modo se conducen. Pero dejémonos de discursos y hablemos de lo que interesa. ¿A dónde podremos conducir á este caballero?
- A su casa.
- ¿V. sabe á ella?
- Sí señor.
- Pues pongamos manos á la obra.
- ¿Y de qué manera conducirlo?
- Manuel reflexionó un momento, y encar-

gando á D. Manuel Almira, el jóven asi se llamaba, que sostuviera al moribundo cogió dos baquetas de cañon, ató á ellas unas cuantas tablas del cajon de piedras de chispas, y formó una especie de andas, no muy cómodas en verdad, pero que no podian mejorarse en tan apurada situacion. Colocaron en ellas á Daoiz, que solo daba señales de vida con algunos leves movimientos producidos por el dolor, y se encaminaron lentamente á la calle de la Ternera.

La tierna é inocente Rosa estaba aterrada y confusa con las repetidas descargas que escuchaba á cada momento, pero mitigaba su dolor la persuasion de que su hermano, cumpliendo la órden del gobierno, no se habria movido del Parque, punto que juzgaba seguro por encontrarse situado en un extremo de la villa. Sin embargo, aquella inquietud que muchas veces nos anuncia la proximidad de una desgracia aquejaba á Rosa de continuo, y siempre que llamaban á la puerta era la primera á presentarse para adquirir nuevas noticias.

El fuego habia disminuido, y la niña mas animada empezaba á alejar de sí sus alarmas y sus temores, cuando sonó la campanilla sacudida sin duda alguna por un brazo muy vigoroso, y Rosa, como de costumbre, abrió

la puerta en el momento; pero retrocedió aterrorada y muda á la vista de aquellas andas que conducian á Luis Daoiz.

—Señora..... tartamudeó Almira..

—¡Mi hermano muerto! , exclamó Rosa tapándose los ojos con las manos.

—Vive , señora ; vive aun.

—¡Vive! volvió á exclamar la niña animándose de repente. Dejádme verle , preguntarle. ¡Luis, hermano mio!

—Por Dios , señora , dijo Manuel con tono firme : está herido de gravedad, y una emocion demasiado viva puede causarle mucho daño.

La niña dirigió á Manuel una mirada de incertidumbre y de temor , guardando profundo silencio ; el buen mozo continuó.

—Es indispensable, señora, que lo conduzcamos á su lecho.

Rosa indicó que la siguieran, y se dirigió con paso firme hácia la habitacion de su hermano. Manuel y Almira la siguieron enterrecidos y admirados de aquel dolor grave y profundo, y colocaron sobre el lecho el cuerpo herido de Daoiz.

El movimiento del camino habia disipado algun tanto el profundo sopor de Luis, y al caer en el lecho abrió los ojos con angustia. Paseó sus dolientes miradas en torno, y al fi-

jarlas sobre su hermana dos gruesas lágrimas bañaron sus melancólicas pupilas. Agitándose con violencia hacia mil esfuerzos para hablar, pero espiraban las palabras antes de salir de sus labios. El corazón de la pobre niña se rompía como una bomba de cristal acercada de pronto al fuego, pero su rostro aparecía resignado, sino sereno, para no aumentar con sus penas la cruel agonía de su hermano. Manuel contemplaba en silencio esta doble lucha de dolor, y consideraba todo el daño que estaba causando á Daoiz: se inclinó, pues, hácia la niña, y bajando mucho la voz la dijo:

—Debe V. retirarse, señora, porque su vista está asesinando al herido.

—¿Y entonces quién le cuidará? replicó la niña.

—Quien le ha conducido hasta aquí.

Rosa señaló con el dedo una habitacion inmediata, como diciendo; desde ella tomaré parte en sus dolores sin que él pueda conocer el mio; y se dirigió á ella al instante.

—Caballero, dijo Manuel dirigiéndose á Almira, creo oportuno que salga V. en busca de un médico y de un sacerdote.

—Mucho temo....

—Podrá serle inútil el primero, pero necesita el segundo y no hay momento que perder.

—Y si entre tanto...

—Si espira entre tanto, encomendaré su alma á Dios.

Almira salió del aposento quedando entregado Manuel á las mas tristes reflexiones. Recorria como en panorama todos los sucesos de aquel dia, y se herizaban sus cabellos como las crines de un caballo al aproximarse una fiera. Veia á un pueblo heróico batallando contra sus alevos opresores, ébrio de entusiasmo, valiente, sin mas estímulo que el amor patrio ni otro pensamiento que la gloria: se recreaba con el hermoso cuadro de tan bizarra resistencia; pero tapizaban las calles cuerpos mutilados, y la sangre corria á torrentes por do quier: oia los ayes lastimeros de los moribundos y la voz de los magistrados que decia, *paz, paz, que todo está compuesto*. Esta voz dulce, y generalmente consoladora, atormentaba mas al buen mozo que los ayes de los moribundos; porque esta voz habia hecho infructuosos tantos sacrificios. Entre las sombras de los muertos descubria Manuel otro fantasma cien veces mas aterrador: este fantasma era Dolores. La habia descubierto tres veces en los momentos de mas peligro: habia desaparecido dos de ellas entre las oleadas populares ó entre las filas enemigas; la tercera la habia dejado desmayada, y á su pesar se reprochaba una conducta tan cruel. Se creia

ofendido sin duda, la consideraba despreciable; pero desde el desprecio al abandono hay tanta distancia como del amor al desprecio, y en algunas ocasiones mas. Este recuerdo despedazaba el llagado corazon del buen mozo, y para olvidarlo se ocupó con mas ardor del moribundo.

Luis habia tomado por sí mismo una postura algo violenta, tenia los ojos muy abiertos y estaban fijas sus miradas sobre la mesa de escribir. Su fisonomia habia cambiado de una manera sorprendente, y en vez del sello del dolor que mostraba momentos antes, hubiera visto el menos lince el sello de una pena dulce, como un recuerdo de cariño, mezclada con algun placer.

Esta actitud del moribundo llamó la atencion del buen mozo, y acercándose mas á Luis lo examinó con interés y con suma curiosidad. Por un movimiento repentino volvió el herido la cabeza, y fijando sus ojos apagados en los radiantes de Manuel con una espresion de humilde súplica, tendió su mano hácia la mesa como indicándole un objeto que anhelara mucho poseer. El buen mozo se llegó á la mesa, cojió algunos libros y papeles, pero un movimiento negativo y repetido de Daoiz le manifestaba que no llenaba su deseo. Iba á retirarse cuando hirió su vista un objeto

que trajo á su memoria escenas sucedidas algun tiempo antes, y apoderándose de él con júbilo lo presentó sin vacilar á Luis, que lo recibió con alegría.

Dueño el moribundo de esta prenda, estimada en mucho por él, la colocó sobre una herida muy próxima á su corazon, la empapó en su sangre caliente, cojió un pañuelo ensangrentado, la envolvió cuidadosamente y entregó á Manuel que contemplaba aquella escena solemne y muda con las lágrimas en los ojos y la angustia en el corazon. Despues de habérsela entregado creció la inquietud de Daoiz, que hacia singulares esfuerzos y sufría horribles convulsiones. El buen mozo estaba aterrado, no sabia qué hacer ni qué decir; é inclinado sobre el herido procuraba adivinar la causa de tan violentas sacudidas. Pasaron algunos minutos en estado tan angustioso, mas abriéndose de repente los lábios de Luis exclamó con voz gutural y estentórea A ELLA; y brotando sangre á la vez todas sus heridas cayó sobre su lecho sin sentido.

—¡Luis! exclamó la niña abalanzándose hácia su hermano.

—Silencio, señora; no ha muerto: interrumpió Manuel con voz firme é impidiéndola que se arrojára sobre el cuerpo del moribundo.

Rosa retrocedió algunos pasos, y se arrojó sobre un sitial derramando abundosas lágrimas: pero levantando la cabeza, como á impulso de una fuerza oculta y sobrehumana, dijo á Manuel:

—Todo lo he visto: y esa prenda encierra una historia que V. no sabe, y que le impedirá quizás llenar bien su encargo.

—Adivino una gran parte de esa historia: solo necesito saber un nombre, la calle y número de una casa.

Rosa acercó sus trémulos labios al oído del buen mozo, pronunció unas cuantas palabras, y de nuevo se entregó á su agudo dolor.

Almira llegó al mismo tiempo acompañada de un venerable sacerdote y de un entendido cirujano: este se acercó al moribundo y examinó cuidadosamente algunas de sus graves heridas: Rosa y Manuel espiaban atentos las miradas del cirujano: Almira preparaba algunos vendajes, y el sacerdote pedia á Dios con toda la fé de un anciano encanecido en la virtud.

El facultativo puso vendas en las principales heridas, mas bien por llenar un deber que por abrigar una esperanza, se apartó despues del lecho y preguntó.

—¿Se encuentra aqui alguna persona de la familia del capitan?

—Esta señorita es su hermana; dijo Almirante señalando á Rosa.

—Me parece oportuno, señorita, que pase V. á otro aposento.

—¿Por qué? repuso Rosa.

—El estado de su señor hermano es grave.

—¿Le perjudica mi presencia?

—Está en un profundo letargo y nada puede incomodarle; pero V. sufrirá muchísimo si permanece aquí.

—No importa. Yo soy su hermana, caballero, y tengo derecho á recoger su último suspiro.

—Señorita, interrumpió el buen sacerdote: V. sentirá con razon el mal estado de su hermano, y puede desahogar su pena con lágrimas y con sollosos: en ciertos momentos el hombre debe apartar su pensamiento de cuanto le liga á la tierra y pensar solamente en Dios.

—En el momento de espirar, dijo la niña con voz firme.

—Si oye los suspiros de V.....

—Padre, en la familia de Daoiz se hereda el valor y el apellido á un mismo tiempo; podré morir al pie de esta cama, pero mis ojos estarán secos y no se moverán mis labios.

—¿Qué adelantará V., hija mia, con padecer tanto?

—Recoger su último suspiro, padre mio.

—Pero.....

—Mi resolucion es invariable.

El cirujano estaba sentado á la cabecera del lecho y tomaba el pulso al herido; de repente se levantó y dijo al sacerdote.

—Padre, ejerza V. su ministerio.

—¿No hay esperanza? preguntó Rosa.

—En Dios solamente, señorita.

El sacerdote se acercó, empezó á exhortar á Daoiz, que muy rara vez daba indicios de escuchar sus santas palabras, y por último alzando la voz cuanto pudo le dijo:

—Ya que no puede V. confesar todas sus culpas y pecados arrepiéntase de todos ellos, y en señal de su contricion apretéme la mano.

Luis apretó la mano del sacerdote, y este prosiguió.

—*Ego te absolvo in nomine patri et filii et spiritui sancti.*

—Amen: respondieron los circunstantes, y el sacerdote bendijo á Luis en nombre de las tres personas.

El padre continuó sus preces; el médico se colocó á la cabecera del enfermo; Rosa, Manuel y el jóven Almira se arrodillaron al pie del lecho, y la agonía del moribundo se fué haciendo mas perceptible.

—El estentor; murmuró el médico.

A pocos momentos Daoiz estendió sus miembros; despues lanzó un suspiro entrecortado. (1)

—*Resquiecat in pace*, dijo el anciano.

—*Amen*, respondió Manuel.

—¡Mi hermano ha muerto! exclamó la niña levantándose.

—Ha ido á reunirse con Velarde, dijo Almira con voz solemne.

—¿Velarde ha muerto?

—Como un héroe.

—¡Dios mio, Dios mio, llevarme con ellos tambien!

(1) «Los franceses, llevados de la ocupacion del Parque que era su objeto, dejaron asi á Daoiz en la calle, y entre varios sugetos le recogieron y llevaron á su casa, calle de la Terrena, donde esoió á las cuatro horas, despues de apretar la mano al sacerdote, única accion de que fué dueño. Contaba entonces de edad cuarenta y un años, dos meses y veinte y dos dias, y de servicio veinte y seis años, dos meses y diez y nueve dias. Al anoecer del mismo, fué conducido su cuerpo, amortajado con su mismo uniforme y metido dentro de una caja, á la parroquia de San Martin, donde se enterró, habiendo verificado estos últimos piadosos oficios el escribiente meritorio que era entonces del ramo de cuenta y razon de artillería D. Manuel Almira. Su cadáver fué exhumado en 1814 y trasladadas las cenizas á una urna en la real iglesia de San Isidro de Madrid, donde fué depositada solemnemente el 2 de mayo del referido año de 1814, á los seis justos de haberse sacrificado, ofreciendo los primeros ejemplos de resistencia á la usurpacion de Napoleon. Gozan sus restos honores de capitán general, y se incluye como el primer capitán de artillería en la escala del cuerpo, y pasa revista de presente en el departamento donde está el colegio; sus restos con los de su compañero D. Pedro Velarde, se hallan en el sarcófago del Campo de la Lealtad en el Prado de Madrid.»

nifestaban alegres, haciendo contraste con Moncey que estaba triste y taciturno. La tristeza del mariscal ofendía al gran duque de Berg, y dirigiéndole la palabra con un manifiesto sarcasmo, dijo :

—Señor duque de Connegliano, estais triste y meditabundo, sin haber motivo para ello. ¿Me parece, señor mariscal, que he domeñado la arrogancia del vecindario de Madrid?

—Monseñor, replicó Moncey, el pueblo ha cedido á la voz de las autoridades españolas y no á la fuerza de las armas.

—Ofarril y Azanza se ofrecieron voluntariamente á pacificar el vecindario, yo no pedí su intervencion.

—Pero sin ella, monseñor, duraria todavía el combate, la noche se acercaba y sabe Dios lo que nos hubiera sucedido.

—Señor duque de Connegliano, ¿me parece que teneis poca fé en los soldados que mandais?

—Diré á V. A., monseñor. En campo abierto tengo fé en los soldados de mi mando, pero en las poblaciones, no. Ademas quiero á mis soldados como un padre quiere á sus hijos, y no me gusta sacrificarlos sin necesidad ni razon.

—¡Señor mariscal!

—Monseñor, hemos votado muchas veces